

Volumen XI Noviembre 1.º de 1915 Número 110

REVISTA
del
COLEGIO MAYOR
de
Nuestra Señora del Rosario

Publicada bajo la dirección
de la Consiliatura



Nova et vetera

BOGOTA
Imprenta Eléctrica. 168, calle 10
MCMXV

Contenido

Guarto centenario del nacimiento de Santa Teresa de Jesús. Alocución del Director de la Academia Colombiana.....	R. M. CARRASQUILLA
Honores merecidos.	
Los jesuitas y el Rector del Rosario. "Abrid una escuela y cerraréis una cárcel".....	FRANCISCO M. RENJIFO
Santa Teresa.....	JUAN A. ZULETA
Los siete dones.....	GUILLERMO VALENCIA
Oración pronunciada en la fiesta de la Bordadita.....	JUAN CRISÓSTOMO GARCIA
Testimonio de gratitud.....	R. M. CARRASQUILLA
Discurso en honor de Santa Teresa de Jesús.....	ANTONIO GOMEZ RESTREPO
Muerte en el tragal.....	ISMAEL ENRIQUE ARCINIEGAS
Ultimos grados.	
Clausura de estudios.	
Indice por materias.	
Indice por autores.	

REVISTA

del

Colegio Mayor de Nuestra Señora del Rosario

Bogotá, noviembre 1.º de 1915

CUARTO CENTENARIO DEL NACIMIENTO DE SANTA TERESA

ALOCUCION DEL DIRECTOR DE LA ACADEMIA COLOMBIANA

Excelentísimos señores,

Señores académicos:

La Academia Colombiana no es instituto independiente, que trabaje por cuenta propia con fines literarios y científicos, sino que es hija y corresponsal de la Real Academia Española, para colaborar en la noble tarea de limpiar de escorias la lengua castellana y comunicarle firmeza y esplendor. Y así como participa de las labores, se asocia también a los recuerdos y alegrías de su madre. Nuestra patria recibió la vida de España, quien le dio, junto con el sér, la cultura más avanzada de que gozaba Europa en el siglo décimosexto. Rompieron nuestros padres los lazos políticos que ligaban a América con la monarquía de Felipes y Fernandos; mudáronse las leyes, trocáronse las costumbres, se reno-



varon los gustos literarios ; pero quedamos unidos a la tierra nativa de San Ignacio y de Cervantes con el triple vínculo sagrado de la sangre, la religión y el idioma. Hay una mujer que personifica estas tres gloriosas entidades, porque fue el producto más castizo de la noble estirpe castellana, la más gloriosa santa de la iglesia española, la elegancia misma como escritora incomparable. En el presente año se cumplieron cuatro siglos del nacimiento de Santa Teresa de Jesús, y esta Academia, ya que no pudo, por falta de tiempo y sobra de afanosos quehaceres de sus socios, levantarle un monumento, pretende poner una corona de laurel al pie del que le habrán alzado en el viejo mundo muchos nobles admiradores de la santidad y del genio.

Para elogiar cumplidamente a la mística Doctora sería preciso tener, no habla humana, sino el lenguaje de los ángeles que menciona San Pablo; o que un serafín nos purificara los labios con una ascua del altar, o poseer la inteligencia, la pureza de vida, la sabiduría celestial y terrena y la prosa de Fray Luis de León ; porque para tratar de las cosas divinas es preciso estar lleno de Dios; para discurrir sobre el amor, amar con toda el alma ; para juzgar al genio, haber alcanzado el ápice del talento. Felizmente, no me corresponde hoy penetrar al Castillo interior, que es morada de aquel espíritu angelical, y me limito a mirar desde lejos las almenadas torres y

los rayos de luz que pasan a través de las ventanas ojivas.

Ningún español, con ser aquella nación cuna de tantos grandes hombres, ha alcanzado fuera de su patria la fama y gloria de Santa Teresa ; y las hazañas del Cid y de Pelayo, y las conquistas de Carlos V y el Gran Capitán, y las obras de Calderón y de Cervantes ceden ante la notoriedad universal que acompaña a la persona y los escritos de la Reformadora del Carmelo. Interróguese a un labriego irlandés o a una encajera flamenca sobre los nombres de Felipe II o don Juan de Austria ; háblesele del *Quijote* o de *La vida es sueño*, y responderá con un gesto de sorpresa ; pero ellos sí saben quién es Santa Teresa de Jesús, han visto su retrato, dan cuenta de muchos rasgos de su vida y citan frases de sus obras. La efigie en lienzo o en mármol de los clásicos profanos se halla, fuera de España, en el estudio de algunos eruditos, en bibliotecas o museos, mientras la imagen de la Santa avilesa se venera en los altares de todo el universo. Porque la especie humana admira a los héroes de virtud, a los fundadores de instituciones que perduran, a los magnos pensadores, a los artistas de la palabra ; y Teresa de Jesús fue gran santa, reformadora de una orden religiosa, psicóloga profunda y maestra consumada de la rica, pintoresca y majestuosa habla de Castilla.

No sólo en España, sino en el mundo entero, los letrados estudian, admiran, comentan y encomian a la Santa; y no son únicamente los católicos, sino los protestantes y los librepensadores, y a par de los eruditos las mujeres, los indoctos y aun los niños. Testifica un crítico español que "ni Cervantes con su *Quijote*, ni Lope y Calderón con sus composiciones dramáticas, ni León y Granada a pesar de la importancia de sus estudios ascéticos, tan generalizados en todos los países católicos, son tan conocidos y nombrados como la célebre Autora del *Camino de la perfección* y las *Moradas*" (1). A mi modo de ver, esto proviene de que libros como el *Quijote* no suelen andar en manos de las niñas; los dramas y comedias se ven en el teatro, pero no acompañan las domésticas veladas; las obras de los Luises se leen con el respeto que inspira la voz de un insigne catedrático, mientras que los escritos teresianos nos brindan aquel hechizo particular que se desprende de la conversación de una mujer inteligente sin bachillerías, discreta y humilde a un mismo tiempo, graciosa con perfecto recato.

Para las gentes mundanas y desentendidas de las cosas espirituales, el nombre de Santa Teresa evoca la idea de revelaciones pasmosas, de inaccesibles místicas elaciones. Los que creemos

(1) D. Vicente de la Fuente. *Preliminares* a las obras de Santa Teresa en la Biblioteca de Rivadeneira.

en el orden sobrenatural, y hemos leído las obras de la Santa con el pasmo con que se estudian los diálogos de Platón, con el hechizo que causa la parla de una niña de siete años; los que tenemos aprendido que Dios ensalza a los humildes y alardea de su poder valiéndose de instrumentos débiles para sus más altos designios, contemplamos, sin sorpresa, pero con respeto profundo, cómo el Altísimo departía familiarmente con su sierva, a modo de un amigo con su amigo, le revelaba los arcanos inciertos y ocultos de su sapiencia infinita y le anticipaba algo de las luces y mucho de los transportes de caridad de la bienaventuranza.

El incrédulo no tiene sino una de dos explicaciones a estos hechos portentosos: superchería o alucinación enfermiza. La primera conjetura está descartada de todas las plumas y de todas las inteligencias. Sabios protestantes y racionalistas, Voltaire mismo, proclaman la sinceridad de Teresa, porque a la vista salta que ella no escribió de grado sino compelida por sus directores, y porque en su obras resplandece el candor, que es el sello con que la Verdad, soberana de las inteligencias, signa los documentos de su real chancillería.

Quedaría la hipótesis de las alucinaciones morbosas. ¡Interesante neurosis aquella que infunde en una niña iletrada, que a penas sabe leer y escribir con detestable ortografía, conocimien-

tos y análisis psicológicos tan exactos, tan hon-
dos y delicados que dejan atrás a cuanto inves-
tigaron sobre el alma humana, sus potencias, há-
bitos y operaciones los más afamados filósofos
antiguos y modernos! ¡ Envidiable histerismo
el que comunica a una muchacha sin más lec-
turas que el Amadís de Gaula y dos o tres li-
bros más de caballerías un conocimiento perfec-
to de las Escrituras Sagradas, entendidas con-
forme a las interpretaciones más profundas de
los Santos Padres griegos y latinos! Y aquella
monja, que estamos suponiendo presa de exal-
taciones anormales, cuenta sus visiones con la
llaneza con que cualquier rapaza refiere a sus
amiguitas los incidentes de un paseo campestre,
en el castellano usual y corriente de su tiempo,
sin un término técnico, ni una expresión del vo-
cabulario escolástico; y con ese idioma, no dis-
tinto en caudal del que usaban las mandaderas
del convento, se interna, sin saberlo, en lo más
espeso e intrincado de la teología, y le resulta
la exposición tan exacta y científica que la Igle-
sia romana no sólo no halla cosa digna de en-
mienda, sino que, en la oración de la misa de
hoy, pide a Dios que ilustre a los sacerdotes y
a los fieles con la *celeste doctrina* de Santa Te-
resa.

Tan lejos andaba ella, cuando estaba escri-
biendo, de entusiasmos y tensiones de espíritu,
que se vale, para explicarse, de las comparacio-

nes más familiares y caseras, de pintorescos di-
chos populares y de refranes tan dignos de aten-
ción como los del *Quijote*. Y todo ello encaja
tan donosamente con lo que le precede y le si-
gue, que uno se pregunta asombrado si puede
dar más de sí el arte literario: y la Santa no ha-
bía oído nombrar siquiera a Quintiliano, ni sa-
bría a punto fijo de qué trata la retórica, ni co-
nocía un solo libro clásico. Con el castellano vul-
gar y su talento portentoso y un gusto natural
incomparable, creó una prosa que era hechizo y
envidia del mismísimo Fray Luis de León.

Para acabar de confundir a los que hablan de
neuropatía en Santa Teresa, bueno es rememo-
rar que cuando ella terminaba su oración, en
que había sido arrebatada al cielo, y visto a Dios
cara a cara y conversado con EL, aparecía tan al
natural como si por nada extraordinario hubie-
ra pasado, alegre y festiva y dada a la prosa de
la existencia cotidiana con la mayor voluntad,
sin ensimismarse, ni entristecerse, ni distinguir-
se en nada de las demás monjas, sus hermanas.

El falso misticismo, hijo de error de entendi-
miento y de soberbia de corazón, criado en el te-
rreno de los temperamentos neurasténicos, con-
vierte a sus víctimas, como los fakires y yoguis
de la India, las brujas de la edad media y los es-
piritistas de la moderna, los santos contrahechos
y de pega que la Iglesia antes que nadie conde-
na, en soñadores medios sonámbulos, incapaces

de las fatigas y labores de la vida práctica. Con-
cibió Santa Teresa el proyecto de reformar la
orden carmelitana, restituyéndola a la austeri-
dad de los primeros siglos. Aquel instituto reli-
gioso constaba de centenares de monasterios de
hombres y mujeres, regados por toda la redon-
dez de la tierra, desde las montañas de Siria y
Palestina hasta las tierras recién descubiertas por
Colón. La empresa era superior a las fuerzas del
varón más sabio, prudente y enérgico; y se le
echó auestas aquella mujer, supuesta visiona-
ria, encerrada en un conventillo de la más escon-
dida de las ciudades castellanas. Tuvo que lu-
char con la resistencia muy excusable de los frai-
les y monjas menos fervorosos y perfectos, con
la oposición de varios obispos, con trabas que
le oponían las potestades temporales y con la mis-
ma sabia, prudente lentitud de la Silla apostó-
lica. Escribió al duque de Alba, don Hernando
Alvarez de Toledo y al rey don Felipe II, car-
tas que hoy, en nuestras democracias, no se to-
lerarían dirigidas al presidente o a los ministros
del poder ejecutivo; y el férreo conquistador de
Flandes y el casi omnipotente monarca de la mi-
tad del globo doblaron la cerviz ante los recla-
mos de Teresa y se trocaron en apoyos de su pro-
pósito.

La Santa Sede, sin cuya venia toda labor be-
néfica queda tocada de esterilidad incurable, san-
cionó la reforma teresiana, puso más tarde a su

autora en el catálogo de los santos, y ordenó que
la estatua colosal de Santa Teresa, tallada por
insigne artista en mármol blanco, fuera a ador-
nar uno de los pilares de la basílica de San Pe-
dro, con las de San Benito y San Francisco, San-
to Domingo y San Ignacio.

Extrañaréis quizá, señores Académicos, que
no haya esmaltado el similor de estas palabras
mías con el oro purísimo de algunas citas de la
Santa Doctora. ¡Tan fácil como hubiera sido ha-
cerlo! Os hubiera podido alegar pasajes de las
Moradas que rivalizan en elocuencia con Gra-
nada en la *Guía de pecadores*, doctrinas psicoló-
gicas sacadas del mismo libro y de la *Vida*, que
superan a las de Hamilton y Dugald-Stewart,
descripciones y retratos que no desmerecen al
lado de los mejores de Cervantes, donaires que,
por agudos, no habrá desdeñado Quevedo y, por
inocentes, no condenó San Pedro de Alcántara.

Pero os acontecería a vosotros lo que me pasa
a mí cuando veo un ornamento eclesiástico en
que se han sobrepuesto macizos bordados de oro
fino del siglo XVII a míseras mezclillas de fa-
bricación moderna. Ni el respeto debido a San-
ta Teresa permite incrustar sus palabras en el
tejido de las mías, ni me consiente hacer figu-
rar mis frases al lado de las suyas.

La presente solemnidad fue promovida con
motivo de las que en la ciudad entera organizó
el reverendo padre José María Campoamor, de

la Compañía de Jesús, *teresiano si los hay*, protector de los huerfanitos pobres, amigo de los obreros, benemérito de la acción católica en Colombia. Festividades de esta clase son más fecundas que banquetes y discursos para fomentar la deseada amistad entre América y España.

R. M. CARRASQUILLA

Octubre 14 de 1915.

HONORES MERECIDOS

Su Excelencia el doctor José Manuel Goenaga, Ministro Plenipotenciario de Colombia ante la Santa Sede, comunicó al Ministerio de Relaciones Exteriores, en cablegrama de 24 de setiembre, que el Sumo Pontífice se había dignado conceder la gran cruz de la Orden Piana al Excelentísimo señor doctor José Vicente Concha, Presidente de la República, y elevar a la categoría de preladados domésticos de Su Santidad a los doctores Carlos Cortés Lee, Secretario del Arzobispado de Bogotá, y Rafael María Carrasquilla, Rector del Colegio del Rosario.

Estos honores reflejan sobre nuestro instituto, que tiene al señor doctor Concha por patrono, al doctor Carrasquilla por director, y tuvo por varios años de catedrático al doctor Cortés Lee, quien restableció en Colombia los estudios de lengua griega.

Así como—según concepto de Fray Cristóbal de Torres—el servicio del rey “consiste en los aumentos honoríficos de los vasallos,” y la gloria de los maestros en los triunfos de los discípulos, así también los homenajes a los preceptores son timbre de sus buenos alumnos.

Unimos nuestras humildes felicitaciones a las que, personas y entidades respetabilísimas, han dirigido a los ilustres colombianos agraciados por la Santa Sede.